

FABLEHAVEN

LA PLAGA DE LA SOMBRA



BRANDON MULL



Fablehaven

LA PLAGA DE LA SOMBRA

Brandon Mull

Traducción de Inés Belaustegui



Rocaeditorial

Índice

1. Nipsies	11
2. Reunión	28
3. Compartir descubrimientos	47
4. Nuevos caballeros	62
5. Primera misión	78
6. Epidemia	95
7. Meseta Perdida	113
8. Hombre sombra	132
9. Senderos	149
10. Heridas de sombra	162
11. La vieja tribu de los pueblos	174
12. Obstáculos	192
13. Admirador secreto	211
14. De vuelta a casa	228
15. Domingo de brownies	247
16. Refugio	265
17. Preparativos	282
18. La vieja casona	299
19. Duelo	318
20. Historia	330
21. La familia de las hadas	344
22. Luz	359
23. Tinieblas	373
24. Despedidas	399

Para Cy, Marge, John y Gladys,
buena prueba de que los abuelos
pueden ser amigos y héroes.



1

Nipsies

Un bochornoso día de agosto Seth se apresuraba por un senderillo apenas visible, revisando la exuberante vegetación de su izquierda. Unos altos árboles cubiertos de musgo sumían en la sombra un verde mar de arbustos y helechos. Se notaba empapado de pies a cabeza —la humedad se negaba a permitir que se le secara el sudor—. Cada cierto tiempo, Seth comprobaba la retaguardia echando un vistazo por encima del hombro, y se sobresaltaba al menor ruido proveniente de la maleza. No solo Fablehaven era un lugar peligroso por el que deambular a solas, sino que además le aterrorizaba la idea de ser descubierto tan lejos del jardín.

11

Su maña para salir al bosque a hurtadillas había mejorado durante el largo verano. Las excursiones en compañía de Coulter estaban muy bien, pero no se producían con la frecuencia suficiente como para satisfacer su hambre de aventuras. Penetrar a solas en la reserva tenía su puntillo. Ya se conocía perfectamente la zona del bosque que rodeaba la casa principal y, pese a la preocupación de sus abuelos, se había demostrado a sí mismo que era capaz de explorar el lugar sin que le pasase nada. Para evitar cualquier situación mortalmente peligrosa, rara vez se alejaba mucho del jardín y evitaba las zonas que sabía eran las más peligrosas.

Hoy era una excepción.

Hoy estaba siguiendo las indicaciones recibidas para una cita secreta.

Aunque estaba seguro de haber interpretado correctamente

las indicaciones, estaba empezando a entrarle pánico al sospechar que tal vez se había pasado de largo la última señal. El sendero por el que avanzaba en esos momentos era un camino que no había recorrido nunca y estaba a bastante distancia de la casa principal. Siguió mirando con atención los arbustos de la orilla izquierda del camino.

A lo largo del verano mucha gente había ido y venido de Fablehaven. Durante el desayuno el abuelo Sorenson había informado a Seth, Kendra, Coulter y Dale que esa tarde Warren y Tanu volverían a casa. Él estaba entusiasmado ante la idea de volver a ver a sus amigos, pero sabía que cuanta más gente hubiese en la casa, más ojos lo vigilarían para impedir que llevara a cabo sus expediciones furtivas. Aquel era probablemente el último día que podría salir a escondidas por un buen tiempo.

12 Justo cuando empezaba a perder la fe, Seth reparó en un palo rematado con una enorme piña, clavado en la tierra a unos palmos del sendero. No debería haberse preocupado por pasarse de largo: era imposible no ver aquella alta señal. Se acercó al palo y sacó la brújula de su caja de emergencias, encontró el Norte y emprendió la marcha en línea no del todo perpendicular al tenue pequeño sendero.

El terreno se empinaba ligeramente. Tuvo que contonearse para esquivar algunas plantas con espinas en plena floración. Por encima de su cabeza gorjeaban los pájaros, posados en las frondosas ramas de los árboles. Una mariposa con unas amplias alas de intenso colorido subía y bajaba por el aire sin brisa. Gracias a la leche que había tomado esa mañana, Seth sabía que se trataba realmente de una mariposa. Si hubiese sido un hada, la habría reconocido como tal.

—Pssst, aquí —chistó alguien entre los arbustos, en un lateral.

Seth se volvió y vio a Doren, el sátiro, que asomaba la cabeza por detrás de un arbusto de grandes hojas brillantes. Le hizo señas para que se acercara.

—Hola, Doren —dijo Seth en voz baja, y acudió a paso ligero a donde le esperaba en cuclillas el sátiro. También escondido allí encontró a Newel, con sus cuernos algo más largos, su

tez ligeramente más pecosa y su pelo una pizca más rojo que Doren.

—¿Y el bruto? —preguntó Newel.

—Prometió que se reuniría con nosotros aquí —los tranquilizó Seth—. Mendigo va a ocuparse de sus tareas en los establos.

—Si no se presenta, se acabó el trato —amenazó Newel.

—Estará aquí —dijo Seth.

—¿Has traído la mercancía? —preguntó Doren, intentando sonar despreocupado pero sin poder ocultar la desesperación en su mirada.

—Cuarenta y ocho pilas tipo C —dijo Seth.

Abrió la cremallera de una bolsa de lona y dejó que los sátiros inspeccionasen su contenido. Ese mismo verano, les había entregado a los dos sátiros docenas de pilas como compensación por haberles ayudado a él y a su hermana a entrar a escondidas en casa de su abuelo, en medio de una angustiada situación. Los sátiros habían gastado ya todo su botín viendo la tele en su televisor portátil.

—Míralas, Doren —dijo Newel, arrobado.

—Horas y horas de diversión —murmuró Doren, fascinado.

—¡Cantidad de deportes! —exclamó Newel.

—Pelis, series cómicas, dibujos, culebrones, tertulias, concursos, programas de telerrealidad —enumeró Doren tiernamente.

—Tantas damiselas preciosas —ronroneó Newel.

—Hasta los anuncios son alucinantes —dijo Doren, entusiasmado—. ¡Cuántas maravillas de la tecnología!

—Stan se volvería majara si se enterase —murmuró Newel con gran regocijo.

Seth comprendía que Newel tenía razón. Su abuelo Sorenson se desvivía por limitar el uso de la tecnología en la reserva. Su empeño era que las criaturas mágicas de Fablehaven se mantuviesen en estado puro, sin contacto con influencias demasiado modernas. Ni siquiera tenía televisor en su propia casa.

—Bueno, ¿dónde está el oro? —preguntó Seth.

—Un poco más adelante —respondió Newel.

—Cada vez cuesta más encontrar oro, desde que Nero trasladó su tesoro escondido —se disculpó Doren.

—Oro al que pueda tenerse acceso —le corrigió Newel—. Nosotros tenemos conocimiento de gran abundancia de tesoros escondidos por todo Fablehaven.

—La mayor parte está o maldito o protegido —explicó Doren—. Por ejemplo, sabemos de un maravilloso montoncito de joyas metido en un hoyo de debajo de un pedrusco, si no tienes reparos en contraer una infección crónica que te va royendo la piel.

—Y una colección de armas doradas de valor incalculable, que forman parte de un arsenal protegido por una vengativa familia de ogros —añadió Newel.

—Pero un poco más arriba hay montones de oro prácticamente sin ningún tipo de atadura —le prometió Doren.

—Sigo pensando que deberíais pagarme más, puesto que necesitáis mi ayuda para cogerlo —se quejó Seth.

14 —Venga, Seth, no seas desagradecido —le riñó Newel—. Fijamos el precio. Tú estuviste de acuerdo. Seamos justos. No hace falta que nos ayudes a coger el oro. Podemos dar por zanjado todo el asunto.

Seth miró a un hombre cabra y luego al otro. Suspiró y volvió a abrir la cremallera de su bolsa de lona.

—Tal vez tengas razón. Todo esto me parece demasiado arriesgado.

—O podríamos subirte la comisión en un veinte por ciento —soltó bruscamente Newel, plantando su mano peluda encima del bolso.

—Treinta —replicó Seth en tono rotundo.

—Veinticinco —contraofertó Newel.

Seth abrió de nuevo la cremallera del bolso.

Doren aplaudió y pateó el suelo con las pezuñas.

—Me chiflan los finales felices.

—No habremos terminado hasta que tenga en mi poder el oro —les recordó Seth—. ¿Estáis seguros de que ese tesoro será realmente mío? ¿Que no aparecerá ningún trol enojado a recuperar lo que es suyo?

—Ni una maldición —dijo Newel.

—Ni seres poderosos deseosos de tomar represalias —aseguró Doren.

Seth se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿por qué os hace falta mi ayuda?

—Antes ese alijo era dinero libre —dijo Newel—. La manera más fácil de cobrar en Fablehaven. Gracias a nuestro guardaespaldas tamaño gigante, puede volver a ser chachi.

—Hugo no tendrá que hacerle daño a nadie —confirmó Seth.

—Relájate —dijo Newel—. Ya hemos hablado de esto. El golem no tendrá que matar ni una mosca.

Doren levantó una mano.

—Oigo que se acerca alguien.

Seth no oía nada. Newel olisqueó el aire.

—Es el golem —informó Newel.

Pasados unos cuantos segundos, Seth detectó el fuerte impacto de las pisadas de Hugo acercándose. Al cabo de unos momentos, el golem apareció de pronto ante su vista, abriéndose paso salvajemente por la maleza. Hugo, un ser con apariencia de simio, hecho de tierra, barro y piedras, era de complejión ancha y tenía las manos y los pies desproporcionadamente grandes. En esos momentos uno de sus brazos era algo más pequeño que el otro. Había perdido un brazo en una pelea con Olloch, *el Glotón*, y, a pesar de sus frecuentes baños de lodo, no había terminado de formársele del todo.

El golem, alto como una torre, se detuvo delante de Seth y de los sátiros, que apenas le llegaban a la altura de su ancho pecho.

—Seth —dijo el golem con una voz profunda que sonó como dos piedras inmensas rechinando pegadas la una a la otra.

—Hola, Hugo —respondió el chico.

Hacía muy poco que el golem había empezado a balbucir palabras fáciles. Entendía todo lo que se le decía, pero rara vez intentaba expresarse verbalmente.

—Qué bueno verte, grandullón —dijo Doren animadamente, saludándole con la mano y con una gran sonrisa.

—¿Colaborará? —preguntó Newel moviendo solo un lado de la boca.

—Hugo no tiene que obedecerme —dijo Seth—. Oficialmente, yo no lo controlo como mis abuelos. Pero está aprendiendo a tomar sus propias decisiones. Este verano hemos ido de exploración privada los dos juntos unas cuantas veces. Generalmente le parece bien lo que le propongo.

—Suficiente —dijo Doren. Dio una palmada y se frotó vigorosamente las palmas de las manos—. Newel, compañero buscador de oro, es posible que volvamos manos a la obra.

—¿Querréis explicarme de una vez lo que vamos a hacer? —rogó Seth.

—¿Has oído hablar alguna vez de los nipsies? —preguntó Newel.

Seth negó con la cabeza.

—Unos bichitos chiquitines —dijo Doren—, los más pequeños de toda la población de hadas.

Los sátiros se quedaron mirando a Seth para ver qué respondía. El chico volvió a negar con la cabeza.

—Sus parientes más próximos son los brownies, pero son muchísimo más bajitos —dijo Newel—. Como bien sabes, los brownies son expertos en toda clase de arreglos, rescates e imaginativos reciclajes. Los nipsies son también maestros artesanos, pero suelen empezar de cero, tirando de los recursos naturales para adquirir materias primas.

Doren se acercó mucho a Seth y le dijo en tono de confidencia:

—Los nipsies sienten fascinación por los metales y las piedras que brillen mucho y son muy habilidosos para encontrarlos.

Newel le guiñó un ojo.

Seth se cruzó de brazos.

—¿Qué les impedirá venir a recuperar su tesoro?

Newel y Doren prorrumpieron en carcajadas. Seth arrugó el entrecejo. Newel le puso una mano en el hombro.

—Seth, un nipsie es, más o menos, así de grande. —Newel dejó media pulgada de espacio entre el pulgar y el índice. Doren resopló por la nariz al tratar de sofocar otra carcajada—. No vuelan ni poseen magia alguna con la que atacar o hacer daño.

—En ese caso, sígo sin entender por qué necesitáis mi ayuda para coger el oro —insistió Seth.

Las risillas sofocadas remitieron.

—Lo que sí hacen los nipsies es preparar trampas y plantar hierbas peligrosas —dijo Doren—. Al parecer, los muy canijos se ofendieron por los tributos que Newel y yo les pedíamos, y erigieron defensas para mantenernos alejados de ellos. Aquí Hugo no debería tener ningún problema para colarnos en sus dominios.

Seth entrecerró los ojos.

—¿Por qué los nipsies no piden ayuda a mi abuelo?

—No te ofendas —dijo Newel—, pero muchas criaturas de Fablehaven soportarían dificultades considerables con tal de evitar la intervención de los humanos. No temas, esos mequetrefes no recurrirán a Stan ni le van a ir con el cuento. ¿Qué dices? ¿Vamos a pillar un poco de oro fácil?

—Id delante —dijo Seth. Se volvió hacia el golem—. Hugo, ¿estás dispuesto a ayudarnos a visitar a los nipsies?

El golem levantó una de sus terrosas manos, con el pulgar y el índice casi tocándose, e hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

Se metieron por la maleza y avanzaron hasta que Newel levantó el puño en señal de cautela. Desde el borde de un claro, Seth vio una amplia pradera con un otero cubierto de hierba, en el centro. La falda del otero era empinada, pero acababa de repente a unos seis metros del pie, como si la cima fuese plana.

—Vamos a necesitar a Hugo para que nos lleve hasta el cerro —susurró Newel.

—¿Lo harías? —preguntó Seth al golem.

Sin el menor esfuerzo, Hugo se puso a Newel en un hombro y a Doren en el otro y cogió a Seth con el brazo más largo. El golem arrancó a cruzar la pradera en dirección al otero a grandes zancadas. Cerca del arranque de la colina las hierbas por las que pisaba Hugo empezaron a enroscarse y moverse con chasquidos. Seth vio que unos tallos de parra cubiertos de pinchos se enroscaban alrededor de los tobillos del golem, y que las verdes cabezas de unas plantas carnívoras le mordían los gemelos.

—Una parte del problema está ahí mismo —señaló Doren—. Los muy diminutos cultivaron toda clase de plantas venenosas en todo el perímetro que rodea su territorio.

—Sucias alimañas —refunfuñó Newel—. Estuve una semana cojeando.

—Tuvimos suerte de salvar el pellejo —dijo Doren—. Tenemos que llegar al otro lado del cerro.

—Las laderas están infestadas de trampas —explicó Newel—. En el otro lado nos aguarda una entrada cerrada herméticamente.

—Llévanos al otro lado de la colina, Hugo —dijo Seth.

Las agresivas plantas siguieron azotando, retorciéndose y mordiendo, pero Hugo se abrió paso sin prestar atención a la escabechina. Al otro lado de la colina encontraron una roca de forma irregular, alta como un hombre y empotrada en la base de la ladera. Una masa pegajosa de cieno amarillo formaba un charco alrededor de la roca.

—Dile a Hugo que aparte la roca —sugirió Doren.

—Ya le has oído —dijo Seth.

18 Hugo pisó el resbaloso cieno, que gorgoteó al ser pisado por los enormes pies del golem. Con la mano que tenía libre, Hugo apartó la roca a un lado, como si estuviese hecha de cartón piedra, y dejó al descubierto la boca de un túnel.

—Déjanos en el suelo, en la entrada —dijo Newel.

—Y luego mantén a raya el cieno —añadió Doren.

—Hazlo, por favor —suplicó Seth.

Hugo depositó a Seth en la entrada del túnel y a continuación bajó a los sátiros y los dejó a su lado. El golem se dio la vuelta y empezó a apartar el cieno a puntapiés, y el engrudo salió disparado por el aire en forma de pringosos pegotes y hebras.

—Nos viene de perlas —apreció Newel, indicando a Hugo con un gesto de la cabeza.

—Tenemos que hacernos con uno como él —coincidió Doren.

Seth miraba atentamente las paredes del túnel. Estaban hechas de una pulida piedra blanca con vetas azules y verdes. Unos elaborados grabados tallaban toda la superficie, desde el suelo hasta el techo. Seth pasó un dedo por encima del complicado dibujo.

—No está mal —comentó Newel.

Seth se apartó de la pared.

—No me puedo creer el grado de detalle.

—Espera a ver los siete reinos —dijo Doren.

Los tres iniciaron la marcha por el corto túnel. El techo era lo bastante alto como para que ninguno de ellos necesitase agacharse.

—Mira por dónde pisas —dijo Newel—. Ten cuidado de no aplastar un nipsie. Su vida es tan real y valiosa como la de cualquiera. Si accidentalmente matas a un nipsie, las protecciones del tratado fundacional de Fablehaven dejarán de afectarte.

—Solo lo dice por la vez en que pisó sin querer una carreta de abastecimiento y derribó al conductor, que perdió el conocimiento —le contó Doren.

—Se recuperó perfectamente —respondió Newel, muy estirado.

—No veo ningún nipsie por el túnel —informó Doren después de doblarse por la cintura para observar atentamente el liso suelo de mármol.

—Entonces pisad suavemente al llegar al fondo —les recomendó Newel.

Cuando Seth emergió al otro lado del túnel, salió inadvertidamente a la luz del sol. La colina no tenía cumbre: todo el centro había sido excavado, de modo que la ladera formaba un muro circular que rodeaba una población absolutamente fuera de lo normal.

—Mirad eso —murmuró Seth.

Toda la parte interna del cerro estaba diseñada en miniatura, con abundancia de castillitos picudos, mansiones, fábricas, almacenes, tiendas, molinos, teatros, estadios y puentes. La arquitectura era compleja y variada, con elementos como largos chapiteles, empinadas cubiertas, torres en espiral, delicados arcos, chimeneas con forma de caricatura, doseletes de ricos colores, pasajes con columnas, jardines en varios niveles y relucientes cúpulas. Los nipsies usaban en sus construcciones la madera y la piedra más hermosas, y añadían un toque brillante a muchas de sus imaginativas estructuras con metales preciosos y gemas. Irradiando desde un estanque central, un complicado sistema de irrigación compuesto por canales, acueductos, albercas y represas conectaba siete núcleos urbanos esparcidos por el lugar, cada uno densamente poblado.

—Regálate la vista con los siete reinos de los nipsies —dijo Newel.

—¿Ves aquel edificio cuadrangular de allí? —preguntó Doren, señalándolo—. El de los pilares y las estatuas en la parte delantera. Es el tesoro real del Tercer Reino. No estaría mal empezar por ahí, si se niegan a cooperar.

Entre los espléndidos edificios de los siete reinos, el más alto de los cuales apenas le llegaba a Seth por las rodillas, correteaban de un lado a otro miles de minúsculos individuos. A simple vista parecían insectos. Después de rebuscar en su caja de emergencias, Seth se agachó en cuclillas cerca de la boca del túnel labrado, donde habían estado cavando una cuadrilla de nipsies, y observó a los obreros liliputienses con una lupa. Iban pulcramente ataviados y, a pesar de no alcanzar media pulgada de altura, eran como cualquier ser humano. El grupo que Seth estaba mirando hacía animados gestos en dirección a él mientras se desperdigaban a toda prisa. Comenzaron a sonar unas diminutas campanillas y muchos de los nipsies empezaron a esconderse en el interior de los edificios y en agujeros cavados en el suelo.

—Tienen miedo de nosotros —dijo Seth.

—Más les vale —soltó Newel en tono fanfarrón—. Nosotros somos sus supremos señores gigantes y ellos intentaron impedirnos el acceso con plantas depredadoras y cieno carnívoro.

—Mirad allí, al lado del estanque de aguas claras —dijo Doren en tono lastimero, extendiendo una mano—. ¡Han derribado nuestras estatuas!

Unas increíbles imitaciones de Newel y Doren, de unos treinta centímetros cada una, yacían derribadas y pintarrajeadas cerca de unos pedestales vacíos.

—Alguno por aquí se ha puesto de lo más gallito —gruñó Newel—. ¿Quién ha profanado el monumento a los Señores?

El caos seguía en las ajetreadas calles. La muchedumbre, presa del pánico, corría a esconderse en el interior de los edificios. Docenas de nipsies descendieron temerariamente por el andamio de un edificio en construcción. Nipsies armados con diminutas armas se congregaron en el tejado del tesoro real.

—Veo que una delegación está reuniéndose alrededor del cuerno —dijo Doren, señalando una torre de unos cuarenta y cinco centímetros de alto, rematada con un enorme megáfono de color perla.

Newel guiñó un ojo a Seth.

—Hora de entablar negociaciones.

—¿Estáis seguros de que esto está bien? —preguntó Seth—. ¿Quitarles oro a estos chiquitines?

Doren dio una palmada a Seth en la espalda.

—Los nipsies viven para husmear en busca de vetas de oro. ¡Que nos llevemos un poco de sus riquezas acumuladas servirá para que tengan algo que hacer!

—Salve, Newel y Doren —dijo una voccecita agudísima. Aun amplificada con el megáfono, sonaba chillona y difícil de escuchar.

Seth y los sátiros se acercaron, andando con sumo cuidado.

—Nosotros, los nipsies del Tercer Reino, nos regocijamos ante vuestro tanto tiempo esperado retorno.

—¿Os regocijáis, dices? —repuso Newel—. Pisar plantas venenosas no era precisamente la bienvenida que esperábamos.

Los nipsies de la torre consultaron entre sí antes de replicar.

—Lamentamos que las defensas que erigimos últimamente hayan supuesto un problema. Consideramos que era preciso aumentar la seguridad debido al desagradable carácter de determinados saqueadores en potencia.

—El canijo casi hace que parezca que no se refiere a nosotros —murmuró Doren.

—Son de lo más fino cuando se trata de diplomacia —coincidió Newel. Entonces, elevó la voz para decir—: He advertido que nuestros monumentos se hallan en un estado de deterioro. Hace mucho que venció el plazo para cobrar nuestro tributo.

Una vez más, la delegación de lo alto de la torre se juntó a deliberar antes de responder.

—Lamentamos cualquier falta de apreciación que podáis percibir —chilló una voz—. Llegáis en una estación desesperada. Como sabéis, desde tiempo inmemorial los siete reinos de los nipsies han vivido en paz y prosperidad, interrumpidas únicamente por las abusivas peticiones de determinados señores

gigantes. Pero últimamente se han cernido sobre nosotros tiempos de tinieblas. Los reinos Sexto y Séptimo se han unido para hacernos la guerra a todos los demás. Recientemente diezmaron el Cuarto Reino. Nosotros y el Segundo Reino estamos acogiendo a millares de refugiados. El Quinto Reino se encuentra bajo asedio. En el Primer Reino se habla de retirada, de un éxodo masivo a una nueva madre patria.

»Como bien sabéis, nosotros, los nipsies, nunca hemos sido gentes belicosas. Es evidente que una siniestra influencia se ha apoderado de los ciudadanos de los reinos Sexto y Séptimo. Tememos que no se quedarán satisfechos hasta que nos hayan conquistado a todos. Mientras hablamos, su armada navega hacia nuestras costas. Si al mismo tiempo atacáis nuestra comunidad por la retaguardia, me temo que los siete reinos podrían sucumbir a las tinieblas. Sin embargo, si nos prestáis ayuda en esta trágica hora, con mucho gusto os compensaríamos generosamente.

22 —Permitidnos un momento para deliberar —dijo Newel, y tiró de Doren y de Seth para acercarlos—. ¿Os parece que es una treta? Lo que a los nipsies les falta en tamaño, suelen compensarlo con astucia.

—Yo veo una nutrida flota de barcos negros allí, en el estanque central —dijo Doren. Aunque los navíos de mayor tamaño no eran más grandes que los zapatos de Seth, eran docenas los que estaban acercándose.

—Cierto —dijo Newel—. Y mirad a la izquierda. El Cuarto Reino parece estar en ruinas.

—Pero ¿quién ha oído alguna vez hablar de los nipsies en guerra? —preguntó Doren.

—Será mejor que tengamos unas palabritas con el Séptimo Reino —resolvió Newel—. Que oigamos su versión de la situación.

—Volveremos —declaró Doren a los nipsies de la torre. Newel y él se alejaron.

—¿Quién eres tú? —canturreó la vocecilla por el megáfono—. El que no tiene cuernos.

—¿Yo? —dijo Seth, poniéndose una mano en el pecho—. Soy Seth.

—Oh, sabio y prudente Seth —siguió diciendo la vocecilla—, por favor, intercede ante los gigantes cabra para que acudan en nuestra ayuda. No permitas que los malévolos ancianos de los reinos traidores los seduzcan.

—Veré lo que puedo hacer —dijo el chico, y se apresuró a seguir a Newel y Doren, mirando el suelo con cuidado para no aplastar a ningún nipsie.

Alcanzó a los sátiros en el exterior de un reino amurallado, hecho de piedra negra y con estandartes color azabache al viento. Las calles del reino estaban prácticamente desiertas. Muchos de los nipsies que se veían llevaban armadura y portaban armas. Este reino tenía también una torre con megáfono.

—La muralla es nueva —comentó Doren.

—Y no recuerdo que todo fuese tan negro —dijo Newel.

—Sí que parecen belicosos —concedió Doren.

—Aquí están, subiendo a la torre —observó Newel, que indicó con el mentón la torre con su megáfono negro.

—Saludos, honorables señores —chilló una voz aguda—. Habéis regresado a tiempo para presenciar la culminación de nuestros esfuerzos y para compartir los despojos.

—¿Por qué habéis declarado la guerra a los otros reinos? —preguntó Newel.

—Tenéis que agradeceróslo a vosotros mismos —respondió el portavoz—. Los siete reinos enviaron muchas comitivas con la misión de encontrar métodos para impedir vuestro regreso. Ninguna se alejó más que la mía. Aprendimos mucho. Nuestros horizontes se expandieron. Mientras los demás reinos construían defensas, nosotros recabamos calladamente el apoyo de los reinos Sexto y Séptimo, que desarrollaron maquinaria de guerra. Al fin y al cabo, como bien sabéis vosotros desde hace mucho tiempo, ¿para qué fabricar si podemos arrebatar?

Newel y Doren se cruzaron una mirada de preocupación.

—¿Qué querriáis de nosotros? —preguntó Doren.

—La victoria es ya inevitable, pero si contribuís a acelerar la hora del triunfo, os compensaremos mucho más generosamente que cualquiera de los otros reinos. La mayor parte de nuestra riqueza se halla bajo tierra, un secreto que ellos jamás os contarían. Seguro que los otros os han solicitado vuestra

ayuda para detenernos. Tal acción resultaría desastrosa para vosotros. Hemos formado alianza con un nuevo señor que un día regirá sobre todas las cosas. Levantaos contra nosotros, y estaréis levantándoos contra él. Todo aquel que le desafía debe perecer. Uníos a nosotros. Evitad la ira de nuestro señor y recoged la más generosa de las recompensas.

—¿Me dejas la lupa? —preguntó Doren.

Seth le pasó al sátiro el cristal de aumento. Doren pasó por encima de la muralla de la ciudad para colocarse en una plaza vacía, se agachó y examinó las figuritas situadas en lo alto de la torre.

—Os va a interesar echar un vistazo, vosotros dos —les aconsejó en tono serio.

Doren se apartó para hacer sitio y Newel miró durante un buen rato con la lupa, seguido de Seth. Los hombrecillos de la torre tenían un aspecto diferente de los que Seth había visto antes. Tenían la tez gris, los ojos enrojecidos y la boca con colmillos salientes.

24 —¿Qué os ha pasado en la cara? —preguntó Newel.

—Ha aparecido nuestra verdadera apariencia —respondió la voz del megáfono—. Este es nuestro aspecto cuando se elimina toda la ilusión.

—Los han corrompido, de alguna manera —susurró Doren entre dientes.

—No pensáis ayudarlos realmente, ¿no? —dijo Seth.

Newel negó con la cabeza.

—No. Pero puede que no sea muy prudente oponerles resistencia. Quizás deberíamos tratar de no implicarnos. —Miró a Doren—. A decir verdad, tenemos una cita en otra parte dentro de nada.

—Eso es verdad —dijo Doren—, casi se me había olvidado nuestro otro compromiso. No nos conviene contrariar a los..., esto..., a las hamadriades. No podemos permitirnos llegar tarde. Será mejor que nos vayamos yendo.

—No tenéis ninguna cita —los acusó Seth—. No podemos abandonar sin más a los buenos nipsies para que los destruyan.

—Ya que te gustan tanto las heroicidades —dijo Newel—, ve tú a detener la armada.

—Mi cometido era traeros aquí —replicó Seth—. Si queréis pilas, vais a tener que ganaros el oro.

—Tiene cierta razón —reconoció Doren.

—Nosotros no tenemos por qué ganarnos nada —declaró Newel—. Podemos ir a coger lo que nos haga falta del tesoro del Tercer Reino y marcharnos.

—Ni hablar —respondió Seth, al tiempo que agitaba la mano que había levantado—. No pienso aceptar un pago con oro robado. No después de lo que pasó con Nero. El Tercer Reino os ofreció una honrada recompensa si los ayudabais. Vosotros erais los que me decíais que los nipsies no podían hacernos ningún daño. ¿Ahora han cambiado las cosas solo porque algunos de ellos se han vuelto malvados? Os diré una cosa: incluso renunciaré a mi veinticinco por ciento.

—Hmmm. —Newel se frotó la barbilla.

—Piensa en la cantidad de programas... —le urgió Doren.

—Muy bien —respondió Newel—. No soportaría ver destrizada esta civilización. Pero no me echéis la culpa si los inquietantes nipsies y sus nefarios señores luego vienen a por nosotros.

—Lo lamentarás —le gritaron los hostiles nipsies por el megáfono.

—¿Ah, sí? —preguntó Newel, y pateó la muralla de la ciudad con una pezuña. Luego, arrancó el megáfono de la torre y lo lanzó por encima de la colina horadada.

—Iré a poner fin al asedio del Quinto Reino —se ofreció Doren.

—Quédate donde estás —le ordenó Newel—. No hace falta que les demos motivos para que tengan que ajustarnos las cuentas a los dos.

—Realmente te han puesto nervioso —bromeó Doren con una risilla—. ¿Qué nos van a hacer?

—Hay una influencia oscura actuando en medio de todo esto —dijo Newel con aire grave—. Pero si me dispongo a desafiarlos, yo mismo puedo también terminar el trabajo. —Arrancó la cubierta de un edificio de aspecto recio y cogió un puñado de diminutos lingotes de oro, para metérselos a continuación en una talega que llevaba colgada de la cintura—. Una

lección para vosotros —añadió Newel, volviendo a meter la mano en la casa del tesoro—: No intentéis amenazar a los supremos señores gigantes. Nosotros hacemos lo que nos place.

Newel se dirigió al estanque y se metió en el agua, que en ningún punto le llegaba por encima de sus peludas espinillas. Reunió la flotilla de navíos y empezó a arrastrarlos de vuelta al Séptimo Reino, partiendo de paso los mástiles y dejando caer los barcos por toda la ciudad.

—Ten cuidado de no matar a ninguno —le avisó Doren.

—Estoy teniendo cuidado —respondió Newel, chapoteando por el estanque de tal manera que las olas que levantaba llegaban hasta los frágiles muelles.

Cuando hubo soltado los últimos barcos en un mercado vacío, Newel cruzó hasta el Quinto Reino y empezó a destrozar las pequeñas máquinas de asedio y las pequeñas catapultas que estaban atacando lugares fortificados en todos los rincones de la ciudad, incluido el castillo principal.

26 Seth observaba su actuación con atención. En cierto modo, era como presenciar a un niño mimado destruyendo sus juguetes. Sin embargo, al observar más atentamente pudo contemplar las numerosas vidas que estaban viéndose afectadas por las acciones del sátiro. Desde el punto de vista de los nipsies, un gigante de cientos de metros de altura estaba causando estragos en su mundo, trastocando en cuestión de minutos el curso de una guerra desesperada.

Newel cogió con las manos a cientos de soldados atacantes para sacarlos del Quinto Reino y depositarlos en el Séptimo. Luego, demolió varios de los puentes que comunicaban el Sexto Reino con el Quinto. Robó varios adornos de oro de las enhiestas torres del Sexto Reino y fue destruyendo sistemáticamente sus defensas. Al final, Newel volvió a la torre del Séptimo Reino en el que había estado el megáfono.

—Estad avisados: dejad de hacer la guerra, o volveré. La próxima vez no me marcharé dejando intactas tantas extensiones de vuestros reinos. —Newel se volvió para mirar a Doren y a Seth—. Vamos.

Los tres se dirigieron al Tercer Reino, cerca del túnel labrado que los llevaría hasta Hugo de nuevo.

—Hemos hecho lo que hemos podido para detener vuestra guerra —declaró Newel.

—¡Saludad todos a nuestros supremos señores gigantes! —ordenó la vocecilla por el megáfono color perla—. La fecha de hoy será por siempre un día de fiesta para celebrar vuestra gallardía. Levantaremos y restauraremos vuestros monumentos hasta que alcancen un esplendor sin igual. Por favor, tomad lo que deseéis del tesoro real.

—Si me permitís —dijo Newel, arrancando la pared y sacando minúsculas monedas de oro, plata y platino junto con algunas gemas relativamente grandes—. No bajéis la guardia, nipsies. Algo muy grave está pasando entre vuestros compatriotas de los reinos Sexto y Séptimo.

—¡Larga vida a Newel! —aprobó la vocecilla chillona—. ¡Larga vida a Doren! ¡Larga vida a Seth! ¡Sabio consejo de nuestros heroicos protectores!

—Parece que de momento ya hemos terminado aquí —dijo Doren.

—Bien hecho —intervino Seth, dando unas palmadas a Newel en la espalda.

—No ha sido una mala jornada de trabajo —respondió Newel con aire presumido, al tiempo que daba unos toques con la mano en sus bolsillos inflados—. Varios reinos salvados, una lección de humildad a un par de reinos y un tesoro ganado. Vayamos a contar la pasta. Tenemos unos cuantos programas que ver.



2

Reunión

28

Para Kendra Sorenson la oscuridad total era algo que había dejado de existir. Estaba sentada en un gélido pasillo de las mazmorras del sótano de la casa principal de Fablehaven, con la espalda apoyada en la pared de piedra y las rodillas pegadas al pecho. Enfrente tenía un armario de grandes dimensiones con el filo dorado, del tipo que usaría un mago para hacer desaparecer a su ayudante. A pesar de la falta de luz, ella podía distinguir el contorno de la Caja Silenciosa sin dificultad. El pasillo estaba en penumbra, con los colores apagados, pero a diferencia incluso de los guardianes trago que patrullaban por las mazmorras, ella no necesitaba velas ni antorchas para manejarse por los oscuros corredores. Su visión potenciada era una de las muchas consecuencias de haber entrado a formar parte de la familia de las hadas el verano anterior.

Kendra sabía que Vanessa Santoro aguardaba en el interior de la caja. Una parte de ella quería desesperadamente hablar con su antigua amiga, a pesar de que Vanessa había traicionado a la familia y casi había provocado que los mataran. Su deseo de comunicarse con ella tenía poco que ver con sentimientos de añoranza de los ratos de charla compartidos. Kendra ansiaba que le clarificase el contenido de la nota final que Vanessa le había garabateado en el suelo de la celda justo antes de ser sentenciada a la Caja Silenciosa.

Nada más descubrir la nota que Vanessa había dejado escrita, Kendra se lo había contado a sus abuelos. El abuelo Sorenson había pasado unos cuantos minutos mirando ceñuda-

mente las luminosas letras a la luz fantasmal de una vela umita, sopesando la veracidad de las inquietantes acusaciones dejadas ahí por una traidora desesperada. Kendra todavía recordaba su veredicto inicial: «O es la verdad más perturbadora que me he encontrado en la vida, o bien es la más brillante de las mentiras».

Casi dos meses después no habían avanzado nada en cuanto a verificar el mensaje o darlo por falso. Si el mensaje era cierto, la Esfinge, el mayor aliado de los encargados de la reserva, era en realidad su archienemigo disfrazado. El mensaje lo acusaba de aprovechar su íntima relación con los protectores de las reservas mágicas para facilitar los siniestros planes de la Sociedad del Lucero de la Tarde.

Por otro lado, si el mensaje era falso, Vanessa estaba vilipendiando al más poderoso amigo de los encargados de la reserva con el fin de crear disensión interna y dar motivos a sus captores para liberarla de su encarcelamiento en la Caja Silenciosa. Sin ayuda del exterior, se quedaría apresada allí en un estado de suspensión hasta que otro ocupase su lugar. En teoría, podría esperar durante siglos allí dentro, de pie, erguida, sumida en un oscuro silencio.

Kendra se frotó los gemelos. Sin otra persona que ocupase el lugar de Vanessa de manera temporal, sería imposible liberar de la Caja Silenciosa a la que antes había sido su amiga para mantener con ella una breve conversación. Por no hablar de la preocupación derivada del hecho de que Vanessa era una narcoblix. A lo largo del verano, antes de que la desenmascarasen, había mordido a prácticamente todo el mundo en Fablehaven. Como resultado, una vez fuera de la Caja Silenciosa podría controlar a cualquier de ellos cada vez que se durmiesen.

Para cruzar unas palabras con Vanessa, Kendra tendría que esperar a que todos estuviesen de acuerdo. ¡Quién sabe cuánto podría tardar eso en suceder! La última vez que habían hablado del tema, nadie había estado a favor de darle a Vanessa la oportunidad de explicarse más. Sometiéndolos a estricto voto de secreto, el abuelo y la abuela habían compartido el inquietante mensaje con Warren, Tanu, Coulter, Dale y Seth. Todos habían tomado medidas para investigar la veracidad de la nota escrita

en el suelo. Con suerte, aquella noche, con Tanu y Warren de vuelta de sus misiones, dispondrían de mejor información. De lo contrario, ¿sería posible que por fin los demás llegasen a la conclusión de que había llegado el momento de escuchar lo que Vanessa tenía que añadir? La narcoblix los había dejado intrigados al apuntar que sabía mucho más de lo que había revelado en su nota, Kendra estaba convencida de que Vanessa podía arrojar más luz sobre el tema. Decidió que una vez más se mostraría a favor de escucharla.

Una luz trémula danzó al fondo del pasillo. Slaggo dobló la esquina. El repulsivo trago llevaba en una mano un cubo desenchado y en la otra agarraba una antorcha chisporroteante.

—¿Otra vez has bajado a la mazmorra a rumiar tu mal humor? —le dijo a Kendra, y se detuvo—. Podemos ponerte a trabajar. La paga es imbatible. ¿Te gusta la carne cruda de gallina?

—Detestaría inmiscuirme en vuestros jueguecitos —le espetó Kendra.

Desde que Slaggo y Voorsh habían estado a punto de darle como comida a sus abuelos cautivos, no se había mostrado muy amable con ellos.

Slaggo la miró con malicia.

—Por tus malas pulgas, se diría que han encerrado a tu mascota preferida en la Caja.

—No estoy aquí sentada por ella —le corrigió Kendra—. Estoy reflexionando.

Él respiró hondo, mientras repasaba con la mirada el pasillo con desdén.

—Cuesta imaginarse un entorno más inspirador —admitió—. Nada como los inútiles gemidos de los condenados para que el coco se ponga a rular.

El trago reanudó la marcha, relamiéndose los labios. Era bajo, huesudo y verdoso, con los ojos redondos y brillantes como canicas y unas orejas que parecían hechas de ala de murciélago. Cuando Kendra midió, temporalmente, dieciocho centímetros, el trago le había parecido mucho más temible.

En vez de pasar de largo por delante de ella, se detuvo de nuevo, ahora con la mirada puesta en la Caja Silenciosa.

—Me gustaría saber quién estaba ahí dentro antes —mur-

muró, casi para sus adentros—. Me lo he preguntado todos los días durante décadas... y ahora nunca lo sabré.

La Caja Silenciosa había albergado al mismo prisionero secreto desde que la habían llevado a Fablehaven, hasta que la Esfinge había cambiado al misterioso ocupante por Vanessa. La Esfinge había insistido en que la Caja Silenciosa sería el único lugar en el que Vanessa no podría valerse de sus dotes de control sobre las personas mientras dormían. Si era cierto el mensaje final de Vanessa, y si la Esfinge era malvada, probablemente había puesto en libertad a un antiguo y poderoso colaborador. Si el mensaje era falso, la Esfinge estaba simplemente reubicando a un prisionero en otro lugar de confinamiento. Ninguno había visto quién era el preso secreto, tan solo habían podido percibir que se trataba de una figura encadenada, con la cabeza tapada por un burdo saco de arpillera.

—A mí tampoco me importaría saber de quién se trataba —soltó Kendra.

—Yo capté su olor, ¿sabes? —dijo Slaggo como quien no quiere la cosa, mientras miraba a Kendra de soslayo—. Estaba agazapado entre las sombras cuando la Esfinge pasó por delante con él. —Era evidente que se sentía orgulloso de su hazaña.

—¿Podrías decirme algo de él? —preguntó Kendra, mordiendo el anzuelo.

—Siempre he tenido olfato de husmeador de primera —respondió Slaggo, que se limpió la nariz con el antebrazo y se meció hacia atrás sobre los talones—. Un varón, sin ninguna duda. Había algo raro en su aroma, algo poco común, difícil de identificar. Mi suposición es que no era del todo humano.

—Interesante —dijo Kendra.

—Ojalá hubiese podido olerlo más de cerca —lamentó Slaggo—. Lo hubiera intentado, pero la Esfinge no se anda con chiquitas.

—¿Qué sabes tú de la Esfinge?

Slaggo se encogió de hombros.

—Lo mismo que todo el mundo. Se supone que es sabio y poderoso. Huele igual que un hombre. Si es otra cosa, lo disimula a la perfección. Hombre o no hombre, es viejísimo. Porta el aroma de otra época.

Por supuesto, Slaggo no sabía nada de la nota.

—Parece buena gente —dijo Kendra.

Slaggo se encogió de hombros.

—¿Quieres un poco de potaje? —le ofreció el trasgo, poniéndole el cubo delante de la cara.

—No, gracias —respondió Kendra, tratando de no inhalar el hedor a podrido.

—Recién sacado del fuego —dijo él. Ella meneó la cabeza y él siguió adelante—. Que disfrutes de la oscuridad.

Kendra casi sonrió. Slaggo no tenía ni idea de lo bien que podía ver sin luz. Seguramente pensaba que le encantaba sentarse a solas en la oscuridad, lo cual quería decir que pensaba que era una niña de su agrado. Es cierto que ella había adquirido la costumbre de pasar ratos a solas en las mazmorras, así que tal vez no iba tan desencaminado.

Cuando el trasgo se perdió de vista y el parpadeo anaranjado de su antorcha hubo desaparecido, Kendra se levantó y apoyó la palma de la mano contra la lisa madera de la Caja Silenciosa. A pesar de que Vanessa los había traicionado, a pesar del hecho real de que había demostrado ser una embustera, a pesar de su evidente motivación para fingir poseer información valiosa, Kendra creía en el mensaje del suelo. Y ansiaba saber más.

32

Seth se presentó a la mesa de la cena luciendo su mejor cara de póker. Coulter, el experto en reliquias mágicas, había preparado pastel de carne con patatas asadas, brécol y panecillos frescos de acompañamiento. Ya estaban todos sentados: el abuelo, la abuela, Dale, Coulter y Kendra.

—¿Aún no han llegado Tanu y Warren? —preguntó Seth.

—Llamaron hace un momento —dijo su abuelo, levantado su nuevo teléfono móvil—. El avión de Tanu ha llegado con retraso. Van a comer algo por el camino. Deberían estar aquí dentro de una hora, más o menos.

Seth movió afirmativamente la cabeza. La tarde había acabado con pingües beneficios. Ya había escondido su parte del oro en el dormitorio del desván que compartía con Kendra, dejando envuelto el morral de cuero que contenía el tesoro en

un par de pantalones cortos de deporte, metidos al fondo de uno de sus cajones. Todavía le costaba creer que hubiese escondido el oro antes de que le sabotearan el triunfo. Ahora lo único que tenía que hacer era actuar como si nada.

Se preguntaba cuánto valía aquel oro. Seguramente unos cuantos cientos de miles, como poco. No estaba mal para un chaval de trece años.

La única complicación eran los nipsies. No podía ser que el abuelo Sorenson, como encargado de la reserva, no supiese de su existencia. Seth estaba bastante seguro de que el abuelo Sorenson desearía conocer las últimas noticias sobre lo que les había pasado, para poder investigar más a fondo. ¿Quién era ese señor malévolos que los nipsies belicosos habían mencionado? ¿Podría tratarse de la Esfinge? En Fablehaven había infinidad de candidatos sospechosos. A pesar de la actuación de Newel para impedir que los nipsies terroríficos pudieran derrotar a los nipsies agradables, Seth tenía la sensación de que el conflicto no había terminado. Si no hacía nada, era posible que los nipsies buenos acabasen eliminados.

Aun así, Seth tenía dudas. Si contaba lo que sabía sobre los nipsies, el abuelo colegiría que se había adentrado por zonas prohibidas de Fablehaven. No solo le revocaría sus privilegios, sino que además casi con toda seguridad tendría que devolver el oro. El chico se estremeció al pensar en la decepción que causaría a todos.

Había una posibilidad de que el abuelo descubriese lo que estaba pasando con los nipsies, durante sus labores rutinarias de vigilancia de la reserva. Pero teniendo en cuenta las defensas que habían erigido los nipsies, tal vez el abuelo no tuviese pensado hacerles una visita a corto plazo. ¿Descubriría lo que estaba pasando, a tiempo para impedir una tragedia? Desde que Kendra había encontrado la nota final de Vanessa, todo el mundo había estado tan preocupado por los acontecimientos en el exterior de Fablehaven que Seth temía que nadie fuese a comprobar cómo estaban los nipsies en mucho tiempo. Incluso cabía la posibilidad de que el abuelo ni siquiera supiese nada de ellos.

—Sigue en pie la reunión de esta noche para hablar sobre

lo que Tanu y Warren han descubierto, ¿verdad? —Kendra parecía preocupada.

—Pues claro —respondió su abuela, mientras le servía brécol en el plato.

—¿Se sabe si han tenido éxito? —preguntó Kendra.

—Lo único que yo sé es que Tanu no consiguió encontrar a Maddox —respondió su abuelo, refiriéndose al tratante de hadas que había ido de exploración a la reserva caída de Brasil—. Y Warren ha hecho un viaje de tomo y lomo. Me niego a arriesgarme a hablar por teléfono sobre los detalles de nuestras secretas inquietudes.

Seth se puso kétchup en el pastel de carne y probó un bocado. Estaba casi ardiendo, pero sabía delicioso.

—¿Y mis padres? —preguntó Seth—. ¿Siguen presionándonos para que nos mandéis a casa?

—Se nos empiezan a acabar las excusas para alargar vuestra estancia mucho más tiempo —dijo su abuela, que le dedicó a su marido una mirada de preocupación—. El cole empieza dentro de un par de semanas nada más.

34

—¡No podemos irnos a casa! —exclamó Kendra—. Y mucho menos hasta que demostremos si la Esfinge es inocente o no. La Sociedad sabe dónde vivimos, y no tienen reparos en ir a por nosotros allí.

—Estoy absolutamente de acuerdo —dijo su abuelo—. El problema sigue siendo cómo convencer a vuestros padres.

Kendra y Seth llevaban todo el verano en Fablehaven, bajo el pretexto de ayudar a cuidar a su abuelo, que estaba convaleciente. Era verdad que estaba herido cuando llegaron, pero el objeto mágico que habían rescatado de la torre invertida le había curado. El plan original había sido que Kendra y Seth se quedasen un par de semanas. Los abuelos se las habían ingeniado para alargar ese plazo hasta un mes a base de conversaciones telefónicas: Kendra y Seth les contaban una y otra vez lo bien que se lo estaban pasando, y los abuelos insistían en lo bien que les estaba viniendo su ayuda.

Transcurrido un mes, el abuelo podía percibir que su hijo y su nuera estaban impacientándose de verdad, así que los invitó a pasar una semana con ellos. Los abuelos habían decidido que

la mejor solución sería ayudarlos a descubrir la verdad sobre Fablehaven, para que todos pudieran hablar abiertamente sobre el peligro que corrían Kendra y Seth. Pero por muchas pistas que les dieron y por más cosas que insinuaron, Scott y Marla no captaban de qué iba la cosa. Al final, Tanu les preparó una infusión para que estuviesen abiertos a sugerencias y el abuelo, luciendo una escayola de mentira, había conseguido que les dejasen a los niños otro mes más. Pero una vez más el plazo expiraba.

—Tanu vuelve ya —les recordó Seth—. A lo mejor puede darle a mi padre un poco más de la infusión aquella.

—Necesitamos dejar de depender de remedios pasajeros —dijo su abuela—. Las amenazas actuales podrían mantenerse durante años. Tal vez la Sociedad del Lucero de la Noche ha dejado de interesarse en vosotros, ahora que el objeto mágico no está en Fablehaven. Pero mi instinto me dice que no.

—El mío también —coincidió el abuelo, que dedicó a Kendra una mirada significativa.

—¿Podemos obligar a mamá y papá a ver a través de la ilusión que oculta a las criaturas? —preguntó Kendra—. ¿Darles a beber leche y señalarles las hadas para que las vean? ¿Llevarles al granero para que vean a *Viola*?

Su abuelo negó con la cabeza.

—No estoy seguro. La incredulidad absoluta es un poderoso inhibidor. Puede impedir a las personas ver verdades evidentes, sin importar lo que digan o hagan los demás.

—¿La leche no tendría efecto sobre ellos? —preguntó Seth.

—Tal vez no —respondió el abuelo—. Esa es parte de la razón por la que, cuando permito que alguien descubra los secretos de Fablehaven, lo hago a través de una serie de pistas que tienen que ir averiguando. Para empezar, es una manera de que puedan decidir si quieren o no quieren conocer la verdad de este lugar. Y, además, hay que tener en cuenta que la curiosidad va minando su incredulidad. No hace falta mucha credulidad para que la leche surta efecto, pero una incredulidad absoluta puede ser difícil de superar.

—¿Y tú crees que mamá y papá no creen en ello? —preguntó Kendra.

—En cuanto a la posibilidad de que realmente existan criaturas míticas, da la impresión de que no lo creen en absoluto —respondió su abuelo—. A ellos les dejé pistas mucho más obvias que las que os puse a ti y a Seth.

—Yo incluso mantuve una conversación con ellos en la que les conté de todo, menos la verdad sobre Fablehaven y mi papel aquí —dijo la abuela—. Me lo callé en cuanto me di cuenta de que me miraban boquiabiertos como si estuviese como una regadera.

—En cierto sentido, estarán más seguros gracias a esa incredulidad —afirmó el abuelo—. Puede ser una protección frente a la influencia de la magia negra.

Seth arrugó el entrecejo.

—¿Estáis diciendo que las criaturas mágicas solo existen si creemos en ellas?

Su abuelo se limpió la boca dando unos leves toques con la servilleta en los labios.

—No. Existen con independencia de que creamos o no. Pero normalmente hace falta creer un poco para que podamos interactuar con ellas. Es más: a la mayoría de las criaturas mágicas les desagrada tanto la incredulidad que prefieren apartarse, más o menos como si tú o yo nos apartásemos de un olor desagradable. La falta de fe forma parte de la razón por la que muchas criaturas optan por refugiarse en estas reservas.

—¿Sería posible que alguno de nosotros dejase de creer en las criaturas mágicas? —se preguntó Kendra.

—No te molestes —intervino Coulter, en tono ligeramente malhumorado—. Nadie podría intentarlo con más empeño que yo. La mayoría de nosotros simplemente procuramos sacarle el mejor partido.

—Cuesta bastante dudar de su existencia cuando has interactuado con ellos —coincidió Dale—. La creencia acaba cristalizando en conocimiento.

—Hay personas que entran en contacto con esta vida y luego huyen de ella —dijo la abuela—. Evitan las reservas y las sustancias como la leche de *Viola* que puedan abrirles los ojos. Al dar la espalda a todo lo mágico, dejan que su conocimiento quede en estado durmiente.

—A mí eso me suena sensato —murmuró Coulter.

—Vuestros abuelos Larsen cesaron prematuramente su implicación en nuestra sociedad secreta —explicó el abuelo.

—¿Los abuelos Larsen sabían de la existencia de las criaturas mágicas? —exclamó Seth.

—Tanto o más que nosotros —dijo la abuela—. Pusieron fin a su implicación más o menos en la época en que nació Seth. Todos esperábamos mucho de vuestros abuelos. Nosotros les presentamos y animamos discretamente su noviazgo. Cuando Scott y Marla se negaron a mostrar interés en nuestro secreto, fue como si vuestros abuelos Larsen pusieran fin a su compromiso.

—Nosotros éramos amigos de los Larsen desde que vuestros padres eran unos críos —comentó el abuelo.

—Espera un momento —dijo Kendra—. ¿Realmente los abuelos Larsen murieron de manera accidental?

—Hasta donde nosotros hemos podido entender, sí —respondió la abuela.

—Se habían apartado de nuestra comunidad hacía diez años —dijo el abuelo—. Fue un contratiempo trágico, sin más ni más.

—Jamás habría adivinado que ellos conocían la existencia de las reservas secretas —dijo Seth—. No me parecía que fuesen de este tipo de personas.

—Pues eran muy de este tipo de persona —les aseguró la abuela—. Pero se les daba bien guardar secretos y hacerse los despistados. En aquellos tiempos llevaron a cabo un montón de misiones de espionaje para nuestra causa. Los dos estaban metidos en los Caballeros del Alba.

Kendra nunca había considerado la posibilidad de que sus difuntos abuelos pudiesen haber estado al tanto de la información secreta que tenían los Sorenson. Por eso, les echó de menos más que nunca. ¡Qué bonito habría sido compartir con ellos este asombroso secreto! Y qué extraño que dos parejas que conocían el secreto tuviesen hijos que se negaban a creerlo.

—¿Cómo vamos a convencer a mamá y papá de que nos dejen quedarnos? —preguntó Kendra.

—Deja que tu abuelo y yo sigamos buscando un modo —le

prometió la abuela con un guiño—. Aún tenemos una semana más o menos.

Terminaron de cenar en silencio. Todos le dieron las gracias a Coulter por el pastel de carne y recogieron la mesa juntos.

Luego, siguieron al abuelo al salón, donde cada cual tomó asiento en un sitio. Kendra hojeó un libro antiguo de cuentos de hadas. Al poco rato se oyó el tintineo de una llave y la puerta de entrada se abrió. Entró Tanu, un tipo alto, originario de Samoa, de hombros recios y caídos. Llevaba en cabestrillo uno de sus brazos poderosamente musculados. Del hombro contrario del maestro de pociones colgaba una mochila abultada en la que se adivinaban extrañas formas. Detrás de él venía Warren, con chaqueta de piel y barba de tres días.

—¡Tanu! —Seth salió corriendo hacia el grandullón samoano—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Esto? —preguntó Tanu, indicando el brazo herido.

—Sí.

—Una manicura chapucera —respondió, y le brillaron los ojos negros.

—Yo también he vuelto —apuntó Warren.

—Por supuesto, pero tú no habías ido a meterte a escondidas en una reserva caída en Sudamérica —le dijo Seth en tono de desdén.

—Yo también me he visto en apuros —murmuró Warren—. Y de los buenos.

—Nos alegramos de que los dos hayáis vuelto sanos y salvos —dijo la abuela.

Warren echó un vistazo al salón y se inclinó hacia Tanu para decirle:

—Parece que llegamos tarde a una reunión.

—Nos morimos de ganas por oír lo que habéis averiguado —dijo Kendra.

—¿Qué tal un vaso de agua? —replicó Warren, con cierta altanería—. ¿O una manita con nuestros bártulos? ¿O un cálido apretón de manos? Otro cualquiera sospecharía que solo le queríais por la información que traía.

—Corta el rollo y toma asiento —dijo Dale.

Warren miró con cara de malhumor a su hermano mayor.

Tanu y Seth entraron en la habitación y se sentaron uno al lado de otro. Warren se dejó caer en el sofá al lado de Kendra.

—Me alegro de veros a todos aquí —dijo el abuelo—. Los presentes en este salón somos las únicas personas que estamos al tanto de la acusación de que tal vez la Esfinge sea un traidor. Es necesario que siga siendo así. Si la acusación resultara ser cierta, hemos de tener en cuenta que su inmensa red de espías está presente por todas partes, sean ellos inocentes o no. Si la acusación resultara falsa, no es precisamente el mejor momento para hacer correr rumores que puedan provocar disensión. Teniendo en cuenta todo lo que hemos tenido que pasar juntos, estoy seguro de que podemos confiar de verdad los unos en los otros.

—¿Qué nueva información habéis descubierto? —preguntó la abuela.

—No gran cosa —respondió Tanu—. Entré en la reserva brasileña. Está sumida en el caos absoluto. Un demonio reptil llamado Lycerna ha subvertido todo orden. Puede que Maddox haya encontrado un buen escondite; yo no he conseguido dar con él. Pude llevar la bañera, y dejé varios mensajes cifrados sobre dónde la escondía. Él sabe cómo usarla.

—Bien hecho —aprobó Coulter.

—¿Qué bañera? —preguntó Seth.

Coulter miró al abuelo, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Una bañera enorme de hojalata de las antiguas, que da la casualidad de que contiene un espacio tridimensional compartido, en conexión con una bañera idéntica que hay en el desván.

—No he entendido ni jota —dijo Seth.

—Espera un segundo —dijo Coulter, que se levantó y fue al salón contiguo. Volvió con una ajada mochila de cuero. Después de rebuscar algo dentro, sacó un par de latas—. Estas latas funcionan como las bañeras, pero a menor escala. Las he utilizado para enviar mensajes. Coge una y mira dentro. —Le tendió una de las latas a Seth.

—Vacía —informó Seth después de haber echado un vistazo al interior.

—Correcto —dijo Coulter. Sacó una moneda del bolsillo y

la metió en la lata con la que se había quedado—. Vuelve a mirar.

Seth miró dentro de la lata y vio una moneda de veinticinco centavos en el fondo.

—¡Aquí dentro hay una moneda de veinticinco centavos! —exclamó.

—La misma que tengo yo en mi lata —explicó Coulter—. Las latas están conectadas. Comparten el mismo espacio.

—O sea, ¿que ahora tenemos dos monedas de veinticinco? —preguntó Seth.

—Solo una —le corrigió Coulter—. Sácala.

Seth se echó la moneda en la palma de la mano. Coulter levantó su lata.

—Mira, mi moneda ha desaparecido. La acabas de sacar de tu lata.

—Alucinante —dijo el chico, impresionado.

—Maddox puede usar la bañera para volver a casa, si logra encontrarla —dijo Coulter—. La única pega es que tiene que haber alguien al otro lado para sacarle. Sin ayuda del exterior, solo puede emerger de la bañera por la que entre.

—Entonces, si hubiese alguien en el otro lado, ¿podríamos llegar a la reserva brasileña a través de una vieja bañera que hay en el desván? —preguntó Seth.

La abuela levantó las cejas.

—Si quieres arriesgarte a que te devore un demonio serpiente de dimensiones descomunales, sí.

—Un momento —dijo Kendra—. ¿Por qué Tanu no ha vuelto sencillamente a través de la bañera?

Tanu se rio para sí.

—El plan consistía en que usase la bañera una vez que la llevase allí, pero además estaba intentando averiguar si habrían sacado el objeto mágico de la reserva brasileña. Por desgracia, no conseguí encontrar el lugar en el que se escondía el objeto. Lycerna se interpuso en mi ruta de huida hacia la bañera. Tuve suerte de poder escapar saltando por el muro.

—Estamos hablando de vuestro lado del desván, ¿verdad? —preguntó Seth—. Del lado secreto, no del lado en el que dormimos nosotros.

—Dices bien —respondió la abuela.

—¿Cómo te has herido el brazo? —preguntó Seth.

—¿La verdad? —respondió Tanu, avergonzado—. Cayéndome de lo alto del muro al suelo.

—Pensaba que igual el demonio te había dado un bocado —suspiró Seth con cierto aire de decepción.

Tanu le dedicó una sonrisa compungida.

—No estaría aquí si me hubiese mordido.

—¿Alguna prueba que pueda implicar a la Esfinge como causante de la caída de la reserva brasileña? —preguntó el abuelo.

—No he encontrado nada en la reserva que le incrimine —respondió Tanu—. Estuvo por allí poco después de que empezasen los problemas, pero siempre aparece cuando algo va mal. No tengo ni idea de si estaba allí para ayudar o para entorpecer.

—¿Qué tal te ha ido a ti, Warren? —preguntó el abuelo—. ¿Alguna noticia de la quinta reserva secreta?

—Todavía nada. Siguen llegándome noticias de las cuatro de siempre, de las que ya conocemos: Australia, Brasil, Arizona, Connecticut. Nadie sabe decirme dónde encontrar la quinta.

El abuelo hizo un gesto de asentimiento; parecía levemente decepcionado, pero no sorprendido.

—¿Y qué hay del otro tema?

—La Esfinge sabe ocultar su rastro —dijo Warren, poniéndose serio—. Y no es el tipo de personaje por el que se pueda ir preguntando abiertamente por ahí. Tratar de descubrir su origen ha sido como andar a ciegas por un laberinto lleno de callejones sin salida. Cada vez que daba unos pasos en una dirección, me topaba con otro muro. He estado en Nueva Zelanda, en Fiyi, en Ghana, Marruecos, Grecia, Islandia... La Esfinge ha vivido en todo el mundo, y en cada sitio hay una teoría diferente sobre quién es y de dónde viene. Hay quien dice que se trata del avatar de un dios egipcio olvidado, otros dicen que es una serpiente marina condenada a vagar por tierra firme, otros afirman que se trata de un príncipe de Arabia que obtuvo la inmortalidad engañando al diablo. Cada historia es distinta, y cada cual más disparatada que la anterior. He hablado con encargados de reservas, con seres mágicos, con historiadores, con criminales, con toda clase de individuos que se pueda uno imagi-

nar. El tipo es un fantasma. Las historias que he escuchado son demasiado variopintas. Si queréis que os dé mi opinión, yo diría que él mismo comenzó todos esos rumores para complicar precisamente el tipo de investigación que he estado tratando de llevar a cabo.

—La Esfinge se ha rodeado siempre de misterio, lo cual le hace invulnerable al tipo de acusación lanzada por Vanessa —dijo el abuelo.

—Cosa que Vanessa ya sabía —señaló Coulter—. Es blanco fácil de calumnias. No sería la primera vez.

—Sí, pero normalmente las acusaciones son críticas corrosivas procedentes de quienes le temen, que despotrican contra él sin fundamento —dijo la abuela—. Esta vez las pruebas circunstanciales ponen los pelos de punta. La explicación de Vanessa concuerda perfectamente con los hechos.

—Por algo no condenamos a la gente basándonos en pruebas circunstanciales —dijo Tanu—. Sabemos de primera mano lo taimada que puede ser Vanessa. Pudo perfectamente aprovecharse de los hechos circunstanciales para urdir una mentira convincente.

—Tengo otras noticias —anunció Warren—. Los Caballeros del Alba van a celebrar su primera asamblea al completo en más de diez años. Tienen que estar todos.

Coulter suspiró.

—Eso nunca ha sido una buena señal. La última asamblea general a la que asistí fue cuando salieron a la luz pruebas aplastantes de que la Sociedad del Lucero de la Tarde estaba resurgiendo.

—¿Tú también eres caballero? —preguntó Seth a Coulter.

—Estoy semirretirado. Generalmente, se supone que no debemos revelar nuestra identidad, pero supongo que si no puedo fiarme de vosotros, entonces es que no puedo fiarme de nadie. Además, dentro de poco estaré en una tumba.

—Hay más —siguió diciendo Warren—. El capitán quiere que lleve a Kendra a la reunión.

—¿Qué? —exclamó el abuelo—. ¡Eso es intolerable!

—A las asambleas solo se puede invitar a caballeros —dijo la abuela.

—Lo sé, lo sé, yo solo soy el mensajero —dijo Warren—. Quieren que ingrese en la orden.

—¡A su edad! —exclamó el abuelo dando un grito y con la cara colorada—. ¿Es que ahora se dedican a reclutar miembros en las maternidades?

—Y todos sabemos quién es el capitán —dijo Warren—, aunque nunca se muestra abiertamente.

—¿La Esfinge? —conjeturó Kendra.

El abuelo respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza, mientras se pellizcaba el labio inferior con gesto meditabundo.

—¿Han dado alguna razón?

—Dio a entender que Kendra posee unas dotes que nos serán esenciales para capear el temporal que se avecina —dijo Warren.

El abuelo se tapó la cara con las manos.

—¿Qué he hecho yo? —gimió—. Fue cosa mía presentársela a la Esfinge antes de todo esto. Ahora, sea bueno o malvado, quiere sacar partido de sus habilidades.

—No podemos dejar que vaya —dijo la abuela en tono categórico—. Si la Esfinge es además el cabecilla de la Sociedad, no cabe duda de que esto es una trampa. ¡Quién sabe cuántos caballeros más podrían ser corruptos!

—He trabajado con muchos de ellos —intervino Tanu—. He visto vidas en peligro y vidas sacrificadas. Pondría mi mano en el fuego por que la mayor parte de ellos son auténticos protectores de las reservas. Si los caballeros están perjudicando nuestra causa, será porque alguien los ha embaucado.

—¿Tú también eres caballero? —preguntó Seth.

—Warren, Tanu, Coulter y Vanessa son todos miembros de los Caballeros del Alba —respondió su abuelo.

—Vanessa salió un poco rana —les recordó Seth.

—Lo cual es otro aspecto importante —dijo la abuela—. Aun si la Esfinge es honrado, lo de Vanessa viene a demostrar que entre los caballeros hay por lo menos unos cuantos traidores. Una asamblea en la que todos los caballeros estarán presentes será peligrosa para Kendra.

—¿Dónde tendrá lugar? —preguntó el abuelo.

Warren se rascó un lado de la cabeza.

—Se supone que no debo decirlo, pero la mitad de nosotros estamos invitados formalmente a ir mañana, y la otra mitad tiene derecho a saberlo. Será a las afueras de Atlanta, en casa de Wesley y Marion Fairbanks.

—¿Quiénes son? —preguntó Seth.

—Unos fanáticos de las hadas forrados de pasta —contestó la abuela—. Son los dueños de una colección particular de hadas y veletas.

—Por la que pagaron un dineral —añadió el abuelo—. Los Fairbanks desconocen las dimensiones de nuestra comunidad. Nunca han visto una reserva. No están dentro de la organización, y son muy útiles a la hora de obtener financiación y contactos.

—Y tienen una mansión enorme, ideal para reuniones —aclaró Coulter.

—Pero ¿no se ha celebrado ninguna reunión desde hace diez años? —preguntó Kendra.

44 —Ninguna asamblea general —dijo Tanu—. Una asamblea general quiere decir que se supone que todo el mundo debe acudir, que no valen excusas. Como la discreción es esencial para los caballeros, esta clase de reuniones se convoca rara vez. Normalmente nos reunimos en grupos más reducidos. Cuando nos congregamos en mayor número, vamos disfrazados. El capitán es el único que conoce la identidad de todos los miembros de la hermandad.

—Y tal vez sea un traidor —dijo Kendra.

—Cierto —confirmó Warren—. Pero no se me ocurre cómo podríamos negarnos a ir.

El abuelo le miró fijamente, con las cejas levantadas, y movió la mano para incitar a Warren a explicarse.

—Lo último que podemos permitirnos, en caso de que realmente la Esfinge sea un enemigo, es mostrarnos recelosos hacia él. Según lo dicho por Vanessa, si es malvado no cabe preguntarse qué represalias podría tomar si se enterase de que hemos descubierto su secreto.

El abuelo asintió a su pesar.

—Si lo que tiene pensado es atacar a Kendra, probablemen-

te no lo hará cuando se supone que está bajo su protección. Él sabe que muchos dan por hecho que es el capitán de los Caballeros. Me pregunto por qué ha solicitado su presencia...

—A lo mejor tiene un talismán y necesita que lo recargue —insinuó la abuela—. La habilidad de Kendra para recargar objetos mágicos mediante el tacto es única.

—Incluso podría tratarse del objeto brasileño —murmuró Tanu.

Lo que sus palabras implicaban sumieron a todos en el silencio.

—Pero puede que la Esfinge esté de nuestro lado —les recordó Coulter.

—¿Cuándo es la asamblea general? —preguntó el abuelo.

—Dentro de tres días —dijo Warren—. Ya sabes que nunca se lo dicen a nadie hasta el último momento, para intentar evitar sabotajes.

—¿Tú también eres caballero? —preguntó Seth a su abuelo.

—Lo era —respondió él—. Ningún encargado de reserva es miembro de la hermandad.

—¿Vas a ir? —le preguntó Kendra.

—Las reuniones de la hermandad son solo para los miembros.

—Tanu, Warren y yo estaremos allí —dijo Coulter—. Estoy de acuerdo con que Kendra debe asistir, sean cuales sean las verdaderas intenciones de la Esfinge. Nos quedaremos a su lado.

—¿Podríamos inventar una excusa creíble para su ausencia? —preguntó la abuela.

El abuelo movió lentamente la cabeza en gesto negativo.

—Si no tuviésemos dudas sobre la Esfinge, haríamos todo lo posible por satisfacer su petición. Pero cualquier excusa que pongamos podría despertar sus sospechas. —Se volvió hacia Kendra—. ¿Qué opinas tú?

—Me parece que será mejor que vaya —dijo ella—. Me he metido yo solita en situaciones más peligrosas que esta. Si la Esfinge quiere hacerme daño, va a tener que arriesgarse a salir de su escondite. Además, con suerte puede que Vanessa no esté en lo cierto. ¿No creéis que nos sería de ayuda hablar con ella?

—Solo serviría para añadir más confusión —soltó Coulter—. ¿Cómo vamos ninguno de nosotros a creer ni una sola palabra que salga de su boca? Es demasiado peligrosa. A mi modo de ver, si dejamos que respire aire fresco, nos tendrá en sus manos para hacer de nosotros lo que quiera. Tanto si el contenido de la nota es verdad como si es mentira, seguro que lo único que se propone al salir de la Caja Silenciosa es escapar de allí.

—He de estar de acuerdo contigo —dijo la abuela—. Yo creo que si pudiese añadir pruebas a su acusación, lo habría hecho en el mensaje. Era lo suficientemente largo.

—Si su acusación resulta cierta, puede que Vanessa siga resultándonos muy útil —dijo el abuelo—. Tal vez pueda revelarnos la identidad de otros integrantes de su organización. A poco que le demos la oportunidad de hacerlo, podemos estar seguros de que intentará utilizar esa información como herramienta para evitar volver a la Caja Silenciosa, lo cual no es un quebradero de cabeza del que esté deseando ocuparme en estos momentos. Por ahora, más bien creo que deberíamos buscar pruebas por nuestra cuenta. A lo mejor vosotros cuatro podéis enteraros de más cosas en la asamblea general.

—Entonces, ¿voy? —preguntó Kendra.

Todos los adultos se cruzaron miradas elocuentes y dijeron que sí con la cabeza.

—Entonces, solo nos queda un problema por resolver —dijo Seth.

Todos se volvieron hacia él.

—¿Cómo conseguimos que me inviten a mí?